

montaña ni una playa; tantos campesinos que nunca habían recorrido las calles de una ciudad, que la pasión de los viajes que dominó a unos y otros era excusable.

Pero todo ello resultó al fin ventajosísimo; los inconvenientes fueron grandemente superados por los beneficios, porque la mezcla de gentes de la ciudad y del campo disipó muchas injustificadas prevenciones, y la alegría de viajar probó a los más obtusos que la nueva sociedad que se iniciaba era superior a la del capitalismo.

CAPITULO XVI

La vida de la ciudad

Mientras se realizaba la substitución de la gestión del Estado por la sindical respecto de ferrocarriles, correos, telégrafos y teléfonos, una transformación semejante se llevaba a cabo en otros grandes servicios, como puentes y caminos, transportes acuáticos, etc. Así mismo se reorganizaban los servicios urbanos, municipalizados o concedidos a compañías. En todos esos trabajos, los sindicatos correspondientes fueron el centro de la actividad renovadora.

El poder municipal era una administración sobre la que el ayuntamiento tenía un ilusorio derecho de intervención; dependía del Estado, y como él era incompetente y se hallaba igualmente desprestigiado, y con él se hundió.

El Ayuntamiento, parodia del Parlamento, era una excrescencia democrática tan inútil como la Cámara de diputados. Mas como el Hotel de Ville conservaba el prestigio de la

tradición revolucionaria, los sindicalistas velaron, como hemos visto, para que ese resabio no fuera explotado y para evitar una resurrección de la Comuna, que no hubiera pasado de inútil imitación de lo pasado.

La vida social partía ya de otros núcleos: se hallaba toda en los sindicatos. Desde el punto de vista local y provincial, la Federación local de sindicatos obreros, Bolsa del Trabajo, iba a asumir todas sus atribuciones útiles; asimismo, en concepto nacional, las atribuciones de que se había apoderado el Estado se asumían por las federaciones corporativas de sindicatos de una misma profesión y a la Confederación (unión de los organismos regionales y nacionales, Bolsas del Trabajo y federaciones corporativas).

Sobre las ruinas de la centralización, de donde procedía la compresión y la explotación de los individuos, iba a instaurarse una sociedad descentralizada, federal, en que el ser humano podría evolucionar en plena autonomía. Era la completa oposición de los términos: hasta aquí el hombre había sido sacrificado a la sociedad, en lo sucesivo la sociedad sería hecha para él; ella sería el humus de donde extraería la savia necesaria para su desarrollo.

Al reino de la ley, impuesto por una potencia

exterior a los individuos, iba a suceder el régimen de los contratos, elaborados por los contratantes, libres siempre de modificarlos y revocarlos; a la soberanía abstracta y ficticia de que gozaba el ciudadano de una democracia, iba a suceder la soberanía positiva, que ejercería directamente en todas las zonas en que se manifestara su actividad.

Al mismo tiempo que desaparecía el salariado había de desaparecer todo vestigio de subordinación. Nadie, en ningún concepto, debía ser el asalariado ni el subordinado de otro, quien quiera que fuese: habría entre los seres humanos contactos, contratos, convenios, asociaciones, cruzamientos de grupos, complejidad de iniciativas y de actividades; pero cada cual prestaría servicio a su semejante sobre la base de igualdad y a cargo de reciprocidad. Y precisamente porque así debía ser y así iba a ser, toda asamblea legiferante, fuera nacional, provincial, comarcal o local, era inútil; peor aún, era perjudicial.

En consecuencia, los sindicatos de los trabajadores de quienes dependía la vida local, y que desde un principio se apresuraron al restablecimiento de los servicios, pusieron gran empeño en elaborar las condiciones de su funcionamiento autónomo.

Los sindicatos de las aguas, de la energía eléctrica, del gas, de tranvías, ómnibus y coches, que se hallaban frente a frente de las Compañías, grupos de capitalistas y accionistas, procedieron, según el método inaugurado por ferroviarios, carteros, telegrafistas y telefonistas, a la revisión y depuración indispensable del personal y a la simplificación de los servicios. Los sindicatos de limpieza y de los servicios municipales efectuaron la toma de posesión sin la menor dificultad, toda vez que la municipalización era una guía hacia la propiedad social, y no tuvieron que hacer más que reorganizar el trabajo.

En las corporaciones en que antes de la revolución los sindicatos eran fuertes, la transformación se efectuaba fácilmente; los sindicatos que formaban la armadura consciente del nuevo estado de cosas, impulsaban a sus compañeros, dándoles la orientación. Por el contrario, en aquellos en que el núcleo sindical había quedado débil e inconsistente, surgieron dificultades, resultantes de la apatía en que hasta entonces habían vivido esas categorías de obreros: habiendo sido incapaces de rebelarse, era natural que lo fuesen proporcionalmente para adoptar las medidas que exigía la reorganización administrativa y técnica de los servicios que tenían a su cargo.

Entre otros, tal fué el caso del personal de la línea del metropolitano, que la Compañía explotadora había sabido intimidar y retener en estado de insolidaridad. No se podía, bajo ningún pretexto ni menos bajo la excusa de aquella inercia, dejar que se perpetuara aquel fragmento de administración capitalista; tampoco se podía herir la mentalidad de los empleados interesados, procediendo a una reorganización cuya urgente necesidad no hubieran comprendido. Esa solución hubiera sido detestable, porque no hubiera pasado de poner una autoridad proletaria en lugar de una autoridad capitalista.

Para resolver esta dificultad, los escasos sindicalistas de esta administración, de acuerdo con militantes de otras agrupaciones, emprendieron la conversión de sus camaradas: les reunieron, les expusieron el mecanismo del nuevo orden social, y tuvieron la alegría de hallar menos obstinación, incapacidad e inercia que lo que suponían. Aquellos trabajadores, diseminados y divididos, no carecían de afinidades ni repugnaban la organización, sufrían la opresión capitalista, que contrariaba sus aspiraciones a la cohesión y a la agrupación sindical. Libres del yugo que impedía la expansión de su voluntad, se agruparon, aceptaron los consejos que se les daban, se familiarizaron

con las tareas y las responsabilidades que les incumbían y adquirieron las aptitudes necesarias.

No fueron aquellos trabajadores los únicos que hubieron de plegarse a los acontecimientos por no hallarse preparados. Muchos otros hubieron de recurrir a esa educación mutua de la vida nueva, que, dada sin pretensiones, era acogida con sencillez y buena voluntad.

Prodújose también la evolución de los sindicatos amarillos o patronatos clericales burgueses, sobre los cuales habían fundado los capitalistas tan halagüeñas esperanzas: sin la menor resistencia se dejaron conducir por la vía revolucionaria. No es extraño: esas agrupaciones obreras, constituídas artificialmente para la defensa patronal, carecían de base, y es lógico que, libres del artificio que las sostenía, cayeran por sí mismas en la corriente natural.

Se ha observado que siempre que la burguesía, para garantir el porvenir y evitar la propagación de las ideas subversivas, favoreció la formación de agrupaciones de obreros esquirols o amarillos para utilizarlos como instrumentos, ha sufrido desengaños.

El ejemplo más típico de esa clase fué la constitución en Rusia, bajo la influencia de la policía y del pope Gapone, de sindicatos amarillos, que no tardaron en saltar del con-

servatismo a la lucha de clases. Esos sindicatos, en enero de 1905, tomaron la iniciativa de la manifestación del Palacio de Invierno, en Sanpetersburgo, punto de partida de la revolución, que, sin abatir el Zarismo, atenuó la autocracia rusa.

La reorganización económica no encontraba obstáculos insuperables; la masa obrera, aun la menos dispuesta a las novedades revolucionarias, siguió la corriente.

Esa plasticidad era debida a la libertad ocasionada por la ruina del capitalismo: los individuos, no sintiendo la opresión burguesa, pero faltos de iniciativa por efecto de la sistemática ignorancia a que habían sido sometidos, se dejaban guiar por los compañeros inteligentes y prestigiosos; obraba también sobre ellos esa aceleración evolutiva que marca los períodos revolucionarios: las fibras humanas vibran entonces con gran intensidad, el cerebro funciona más de prisa y la adaptación al medio se efectúa rápidamente. En tales casos, los más fríos y los más escépticos, sacudidos por extraordinarias sensaciones, suelen llegar al entusiasmo.

Los sindicatos, cuyo funcionamiento era esencial a la vida de la ciudad, al mismo tiempo que procedían a la depuración y a la reorga-

nización de sus servicios, extendían su acción fuera de sus antiguos límites, no quedando confinados en el aislamiento. No hubo entre ellos las fronteras que caracterizaban a las antiguas administraciones; no se ignoraron y supieron establecer relaciones intersindicales que dieron a los servicios municipales una coordinación sin las incoherencias del antiguo régimen. No se vió ya, por ejemplo, la remoción y empedrado de una misma vía dos veces seguidas, obedeciendo órdenes contradictorias, emanadas de centros en desacuerdo.

La máxima dominante era hacer pronto y bien, pero su aplicación procedía de la racional estructura de la sociedad y no de órdenes caprichosas. Nadie tenía interés en prolongar los trabajos, en exagerar las horas de presencia, ni en sabotear las obras, ni en causar desperdicio de materiales. Todos comprendieron que causar mal al interés común era causársele a sí mismo.

Junto a los sindicatos, a los que incumbían los trabajadores municipales, se crearon grupos, se formaron asambleas a que se adhirieron, en concepto de habitantes y no de productores, todos aquellos que sintieron la necesidad de esas nuevas entidades para la realización de especiales propósitos.

La ciudad se halló así cubierta de una red federativa que a todo atendía, que satisfacía todo género de necesidades, y además tuvo la ventaja de familiarizar toda la población con su nueva vida.

Muchos de esos grupos se ocuparon de higiene, y por sus consejos y sus críticas participaron en la administración de la ciudad; se atribuyeron las funciones de gerencia moral de las casas, proclamadas propiedad social y, naturalmente, puestas a la libre disposición de todos: cuidaron de su conservación y reparación, regularizaron las mudanzas, denunciaron los locales insalubres, y para que se hicieran los trabajos necesarios se pusieron en relación con los sindicatos de la edificación; marcaron para la destrucción las barriadas que habían servido de albergue de la miseria, aquellas casuchas que encubrían todas las pestilencias y donde germinaban todas las infecciones.

En esas tareas, los grupos reformadores fueron ayudados por comisiones de arquitectos, de ingenieros, de ex-contratistas de obras, adheridos a la revolución, que concurrieron con inteligencia y buena voluntad a la belleza y saneamiento de la ciudad.

Entre las múltiples ocupaciones a que se dedicaron esos grupos, ninguna tan fíccil como la dedicada a asegurar una leal distribución

de las habitaciones. Mientras sólo se trató de la mudanza de los que habitaban en tugurios para instalarlos convenientemente todo marchó bien; pero vinieron las reclamaciones de los que no vivían a gusto. En su mayor parte sus quejas eran fundadas, porque las casas del antiguo régimen no se habían edificado para la comodidad del habitante, sino para la ganancia del propietario. Las mismas casas-palacios de los barrios aristocráticos, aunque de bello aspecto exterior, no eran de práctica utilidad, la comodidad sólo era en ellas posible por el concurso de numerosa domesticidad.

Abundaban los proyectos con cuya realización podrían todos los habitantes albergarse a su conveniencia. Como los solares habían perdido su valor capitalista y sólo valían en concepto de su utilidad, se pensaba en la edificación de casas cómodas y lujosas, sin escatimar el espacio, y adaptadas a las necesidades resultantes de la transformación social. Se pensaba también, en vez de amontonar las gentes en enormes y estrechas jaulas de seis y siete pisos, en extenderse extramuros y en edificar casitas campestres donde pudiera disfrutarse de la independencia familiar.

Todo eso era el porvenir; pero un porvenir rápidamente inmediato que comenzaba a realizarse. Entre tanto, esperando tener un París

renovado a medida del deseo, era necesario habitarle tal como era, y esa adaptación se hizo perfectamente.

Como el reparto de locales no se hizo por método autoritario, como fueron los habitantes mismos quienes en sus grupos lo decidieron, por calles, por barrios y por conjunto, la operación se verificó con el minimum de rozamientos.

En primer lugar se decidió que cierto número de casas aristocráticas rodeadas de espléndidos jardines, se reservaran para los ancianos; después se convino en principio que cada uno conservara sus antiguos domicilios, partiendo del minimum de una pieza por persona, y que los peor domiciliados se mudarían los primeros.

Los exprivilegiados que no habían emigrado, fueron cortésmente invitados a escoger en sus casas las piezas que desearan reservarse, y como la mayor parte, privados de domesticidad, ni siquiera podían dedicarse a los cuidados del interior, se sometieron sin que su orgullo sufriera demasiado.

Después, formado el censo de los locales disponibles, entre los cuales se contaban las casas de los emigrados, se emprendió por grupos de casas y de calles una información, y, por avisos comunes, se formó una lista de los vecinos que por razón de higiene debían mudarse con urgencia.

Esas primeras informaciones, transmitidas a los grupos de barrio, recibieron allí una nueva clasificación, siempre sobre la base de la urgencia y la necesidad, y los que estaban en peores condiciones fueron los primeros en elegir vivienda. Gracias a ese sistema, los que en la sociedad burguesa habían vivido peor resultaron los mejor albergados.

CAPITULO XVII

Organización de la producción

La toma de posesión no se limitó a los servicios cuya refundición acabamos de bosquejar, sino que se verificó con igual ardor en todos los ramos de la actividad social.

Los sindicatos, que en la sociedad capitalista habían sido agrupaciones de combate, se transformaron en grupos de producción y, cada uno en su esfera, se dedicaron a la reorganización del trabajo. A muchos no les cogieron de improviso los acontecimientos; las discusiones y disertaciones anteriores en los ateneos sindicalistas, en los congresos, en los periódicos obreros, lo mismo que la vulgarización de las ideas socialistas y anarquistas, habían dado previamente a sus militantes un claro concepto de los trabajos necesarios en aquel caso previsto y esperado.

Así, pues, los sindicatos de cada oficio, de cada industria y de cada profesión, tomaron